

LIBRO CUARENTA Y OCHO.

El duque de Orleans conducido desde Marsella á Paris.—Su causa.—Su sentencia.—Su ejecucion.—Juicio de la historia sobre este príncipe.

I.

La Convencion, despues de haber castigado la traicion en la persona de Custine, el realismo en la reina, el federalismo en la Gironda, quiso extinguir hiriendo otra cabeza, la eventualidad de una dinastia futura y rodear la república de los cadáveres de todos sus enemigos pasados, presentes y venideros. Pensó en el duque de Orleans, tanto tiempo su cómplice y ahora su victima.

Hemos dejado á este príncipe encerrado con dos de sus hijos en el fuerte de San Juan en Marsella, y sufriendo en los calabozos de esta prision de Estado todas las angustias de la cautividad. Interrogado por primera vez el 7 de mayo, por el presidente del tribunal revolucionario de las Bocas del Ródano, sobre sus relaciones con Mirabeau con La Fayette y con Dumouriez y sobre sus tramas para restablecer y apropiarse el trono, el duque de Orleans

confundió á sus acusadores. Respondió como republicano^o convencido que sacrificaba su ambicion á sus opiniones, su rango á su deber y su sangre á su patria. Citó sus actos y demostró sus compromisos. Estos eran tan evidentes como siniestros. El interrogatorio fué publicado, pero alterado, dando lugar á los periódicos de Paris para una controversia peligrosa que al mismo tiempo que justificaba al príncipe le señalaba mas á la atencion de los jacobinos. Los girondinos, sus enemigos, le arrastraron en su muerte.

Hacia algunas semanas que el rigor de la cárcel se habia mitigado respecto á él. Se le permitia ver á sus hijos los duques de Montpensier y de Beaujolais, y comer con ellos: estos jóvenes príncipes, casi niños inocentes por su edad y culpables por su apellido, estaban encerrados con su padre, pero en distinto parage. Le dejaban recibir los papeles públicos y alguna correspondencia del exterior; la esperanza habia renacido en el alma del príncipe. Viendo perecer primero á Marat, y despues á Buzot, Barbaroux, Petion, sus acusadores mas encarnizados, habia creído que la Montaña, mas justa, lo llamaria bien pronto á su seno. Montañés irreprehensible tanto en sus actos como en su corazon, no podia pensar que los republicanos sinceros quisiesen sacrificar en él el primero y mas desinteresado de los republicanos. El exceso de ingratitud del pueblo es siempre la asechanza y causa admiracion á los hombres populares. Piensan en sus servicios, y sus servicios se convierten en delitos en las vicisitudes de los acontecimientos y con la inconstancia natural de la opinion.

II.

El 15 de octubre, los periódicos de Paris anunciaron en Marsella que la Convencion acababa de decretar el

próximo juicio del duque de Orleans. Este príncipe estaba en la mesa con sus hijos: «Tanto mejor, les dijo, es necesario ya que esto se acabe pronto para mí de una manera ó de otra: ¡abrazadme, hijos míos! Este es un buen día. ¿Y de qué, prosiguió, me pueden acusar?» Abrió el periódico y leyó el decreto de acusación. «Este decreto no está motivado en nada, repuso, ha sido solicitado por grandes malvados; pero no importa, por mas que hagan, yo los desafío á que encuentren nada contra mí. Váenos, hijos míos, continuó mirando las caras inquietas y afligidas de sus hijos, no os aflijais por una cosa que considero como una buena noticia, y pongámonos á jugar.»

A los dos días, algunos comisionados llegaron de París. Estos halagaron al príncipe, considerando su próximo juicio como una justificación y una libertad cierta. La seguridad y la alegría brillaban en los rostros del padre y de los hijos. Pero el 23 de octubre, á las cinco de la mañana, el príncipe en traje de camino, y acompañado de los comisionados y de gendarmes, entró en la habitación del duque de Montpensier, el mayor de sus hijos, y abrazándolo con la ternura de padre, el último y el mas indeleble de los instintos: «Vengo á decirte adiós, le dijo humedeciendo la cara de su hijo con sus lágrimas, porque voy á partir.» El jóven no respondió sino con sollozos. «Yo queria, añadió el padre, marchar sin despedirme de tí, porque siempre es un momento doloroso: pero no he podido resistir al deseo de verte antes de mi viage. Adiós, hijo mio, consuélate y consueta á tu hermano, y acordaos los dos de la felicidad que experimentaremos volviéndonos á ver bien pronto.» Con estas palabras se separó de los brazos de sus hijos. Los dos hermanos pasaron el día consolándose y animándose contra el dolor de una separación que los dejaba huérfanos en las manos de sus crueles carceleros. Adoraban en el duque de Orleans al padre tierno y bueno, y no juzga-

ban al príncipe ni sondeaban al hombre. La naturaleza por otra parte les mandaba no juzgar, sino querer y compadecer á su padre.

III.

Entretanto el príncipe, seguido de un solo ayuda de cámara de confianza, llamado Gamache, y acompañado por los comisionados de la Convención, tomaba el camino de París, escoltado por un fuerte destacamento de gendarmería. Hacia el viage con lentitud, parando al fin de cada día en las fondas de los pueblos principales. En Auxerre, bajó del coche para comer: durante la comida uno de los comisionados escribió un billete á la comisión de seguridad general, para anunciar al gobierno la hora en que llegaría el príncipe á París, y para preguntar á que cárcel se conduciría al preso.

En la barrera de París, un hombre apostado hizo detener los caballos, subió al coche, é indicó á los postillones que se dirigiesen á la Conserjería. El príncipe se apeó en el patio del palacio de la Justicia, que estaba lleno de curiosos, atraídos por la novedad de su llegada. Se le destinó una habitación inmediata á la en que María Antonieta habia pasado sus últimas horas de agonía, dejándole á su fiel servidor. Cuando los comisionados se retiraron: «Y bien, dijo el duque á Gamache, habeis querido encerraros conmigo en este calabozo. Yo os lo agradezco, Gamache, y espero que no siempre estaremos presos.» Quiso escribir á sus hijos, pero temió que sus cartas fuesen abiertas é interceptadas. Los nombres de sus hijos y de su hija estaba siempre en sus labios.

Voidel, su defensor, comunicaba libremente con él, mediaba con los miembros de la comisión de seguridad

general, y volvía muchas veces á dar al acusado la seguridad de su libertad.

Durante los cuatro dias que precedieron á su juicio, el príncipe vivía de ilusiones ó de indiferencia sobre su suerte, como un hombre á quien la vida es pesada y para quien la muerte es un descanso. El 6 de noviembre compareció ante el tribunal. La acusacion fué tan vaga y tan quimérica como la de los girondinos. Las respuestas breves y precisas del acusado, no dejaban ningun pretesto plausible para sentenciarle. Su vida entera respondía mejor aun que sus palabras. Había sacrificado á la república hasta sus remordimientos. Interrogado por Hermann, si había votado la muerte del tirano con la ambiciosa premeditacion de sucederle: «La he votado, dijo, en mi alma y en mi conciencia.» Oyó su sentencia como si hubiera oído la de otro cualquiera, y solo dijo con un tono de ligera ironía á sus jueces: «Ya que estábais decididos á matarme, debierais al menos buscar pretestos mas especiosos para mi sentencia, porque no persuadiréis jamás á nadie de que me hayais creído culpable de las traiciones de que acabais de declararme convicto.» En seguida, mirando fijamente al antiguo marqués de Antonelle, confiderte que había sido antes de sus actos revolucionarios, y entonces presidente del jurado que lo condenaba á muerte: «¡Y vos, sobre todo, le dijo como reconviniéndole, ¡vos que me conocéis tan bien!» Antonelle bajó los ojos. «Por lo demás, repuso el príncipe con un acento de animosa impaciencia, puesto que mi suerte está decidida, os pido que no me hagais padecer aquí hasta mañana, señalando con la mano la puerta de la Conserjería, y que mandéis que sea conducido á la muerte en el acto.» Y tomó con paso firme el camino del calabozo.

Dos sacerdotes, los abates Lambert y Lothringer, los mismos que habían asistido á los girondinos durante su última noche, esperaban cerca de la lumbre, en el calabozo grande, hablando con el llavero y con los gendarmes, la hora en que bajasen los acusados del tribunal. Vieron entrar al duque de Orleans, no con aquella impassibilidad exterior que todo hombre de valor adquiere delante de las miradas de sus enemigos, sino con el desorden de un hombre indignado por las injusticias de los hombres, y que se desahoga al abrigo de los calabozos, delante de sí mismo y delante de Dios; su paso era rápido, sus maneras rígidas y violentas, y su cara estaba inflamada por la ira. Algunas exclamaciones involuntarias y sin concluir salían de su boca; levantaba los ojos al cielo y paseándose á grandes pasos por el calabozo: «¡Malvados, exclamaba deteniéndose algunas veces como delante de una idea súbita ó como delante de una aparición, malvados: yo se lo he dado todo, rango, fortuna, ambicion, honor la fama de mi raza en el porvenir, la repugnancia misma de la naturaleza y de la conciencia para condenar á sus enemigos!.... ¡y está es la recompensa que me guardaban!.... ¡Ah! si yo hubiera obrado como ellos dicen, por ambicion, ¡cuán desgraciado sería ahora! Mi ambicion era mas elevada que la de un trono, era la ambicion de la libertad de mi país y de la felicidad de mis semejantes. ¡Y bien! ¡Viva la república! ¡este grito saldrá de mi calabozo como ha salido de un palacio! «En seguida, enterneciéndose por la suerte de sus hijos, presos ó proscritos, los llamaba como si hubiera estado solo: y hablaba en voz alta golpeando el suelo con el pie, y con las manos las paredes del calabozo.

Los gendarmes y los carceleros que estaban separados á un lado, inmóviles y silenciosos dejaban desahogar sin interrumpirla, esta esplosion del alma del sentenciado. Cuando se calmó este acceso, el duque de Orleans se acercó á la chimenea. El sacerdote alemán Lothringer, torpe é importuno como el contrasentido, se aproximó al príncipe y le dijo sin mas preparación: «¡Vamos, señor, ya es demasiado gemir, es necesario que os confeseis!— ¡Dejadme descansar, imbécil! respondió con un juramento enérgico y un ademán de impaciencia el duque de Orleans.— ¿Queréis, pues, morir como habeis vivido? repuso el obstinado clérigo.— ¡Oh! si, dijeron los gendarmes con un tono de broma cruel, ha vivido bien, dejadle morir como ha vivido.»

El abate Lambert, hombre delicado y sensible, sufría interiormente al ver la poca destreza de su compañero, la grosería de los soldados y la humillacion del sentenciado. Se acercó al príncipe con aspecto respetuoso y compasivo. «Igualdad, le dijo, vengo aquí á ofrecerte los sacramentos, ó al menos los consuelos de un ministro del cielo. ¿Quieres recibirlos de un hombre que te hace justicia y que se compadece de tí sinceramente?— ¿Quién eres tú? respondió endulzando su fisonomía el duque de Orleans.— Soy, repuso el sacerdote, el vicario general del obispo de Paris. Si tú no quieres mi ministerio como sacerdote, como hombre al lado de tu muger y de tu familia.— No, replicó el duque de Orleans, le doy gracias, no quiero que nadie vea en mi conciencia sino yo, no tengo necesidad mas que de mí mismo para morir como buen ciudadano.» Se hizo traer el desayuno, comiendo y bebiendo con apetito; pero no hasta embriagarse. Un miembro del tribunal vino á preguntarle si tenia al-

gunas revelaciones que hacer en interés de la república. «Si yo hubiera sabido alguna cosa contra la seguridad de la patria, respondió, no hubiera esperado hasta esta hora para decirlo. Además, no llevo ningún resentimiento contra el tribunal, ni aun contra la Convencion y los patriotas: no son ellos los que quieren mi muerte, viene de mas alto.....» y calló.

A las tres fueron á buscarle para llevarle al cadalso. Los presos de la Consergeria, casi todos enemigos del papel y del nombre del duque de Orleans en la revolucion, se apiñaban en los patios, en los corredores y en las puertas para verlo pasar. Iba escoltado por seis gendarmes con los sables en la mano. Por su aspecto, por su actitud, por la altivez de su frente y por la energia de su paso sobre el pavimento se le hubiera tomado mas bien por un soldado marchando al combate que por un sentenciado á quien se conduce al suplicio. El abate Lothringer subió con él y otros tres sentenciados en la misma carreta. Algunos escuadrones de gendarmeria formaban la escolta. El carro rodaba lentamente: todas las miradas buscaban al príncipe, los unos como una venganza y los otros como una espacion. Nunca tuvo como en este día terrible la dignidad y la nobleza de su rango: se habia convertido otra vez en príncipe por el sentimiento de morir como ciudadano. Llevaba con orgullo la cabeza, dirigiendo con toda su libertad de espíritu miradas de indiferencia sobre la multitud, y separaba el oído de las exortaciones del sacerdote que no cesaba de molestarlo. Una detencion por el piso de la calle ó por un refinamiento de crueldad, hicieron detener un momento la carreta en la plaza del Palacio Real, delante de su morada.

«¿Por qué se detienen aquí? preguntó. Es para hacerte contemplar tu palacio, le respondió el eclesiástico. Ya lo ves, el camino se acorta, el fin se acerca, piensa en tu conciencia y confíesate.» El príncipe sin responderle, miró largo rato las ventanas de aquella mansión, en donde había fomentado todos los gérmenes de la revolución, saboreado todos los desórdenes de su juventud y cultivado todos los lazos de la familia. La inscripción de *propiedad nacional* grabada en la puerta del Palacio Real, en lugar de su escudo de armas, le hizo comprender que la república había repartido sus despojos antes de su muerte, y que aquellos techos y aquellos jardines no guarecían ya ni aun á sus hijos. La imagen de la indignación y de la proscripción de su estirpe, le hirió mas que el hacha del verdugo. Inclino la cabeza sobre el pecho, como si la tuviera ya desprendida del cuerpo, y miró hacia otro lado.

Continuó así abatido y mudo hasta la entrada de la plaza de la Revolución por la calle Real. El aspecto de la multitud que llenaba la plaza, el redoble de las cajas que sonó á su aproximación, le hicieron levantar la cabeza por temor de que tomasen su tristeza por debilidad. El sacerdote continuaba instándole vivamente para que aceptase los auxilios de su ministerio. «Inclínate ante Dios y acúsate de tus faltas.—¿Y puedo hacerlo en medio de esta multitud y de este ruido? ¿Es este lugar á propósito para arrepentirse ó para mostrar valor? respondió el príncipe.—Pues bien, replicó el sacerdote, confíesame aquella falta que mas pese sobre tu vida. Dios te tendrá en cuenta la intención y la imposibilidad actual, y yo te perdonaré en su nombre.»

Sea mortificación y causancio, sea inspiración tardía del cadalso á que se acercaba á cada paso de la carreta, el príncipe se inclinó ante el ministro de Dios y murmuró algunas palabras que se perdieron entre el ruido de la multitud y el misterio de la confesión, y recibió

con la actitud del respeto y del recogimiento, el perdón del cielo á pocos pasos del patíbulo desde donde Luis XVI había dado el suyo á sus enemigos. El príncipe iba vestido con elegancia y con la imitación del traje extranjero que había afectado desde su juventud. Bajó de la carreta y subió el tablado de la guillotina, en donde los sirvientes del verdugo quisieron quitarle sus botas estrechas y ajustadas á sus piernas. «No, no, les dijo con sangre fría, despues las sacareis mejor, ¡despachemos, despachemos!» Miró sin emoción el filo de la cuchilla, y murió con una seguridad que semejaba á una revelación del porvenir. ¿Era por estoicismo de carácter ó por convicción republicana? ¿O era acaso el presentimiento de un padre ambicioso por sus hijos que preveía que una nación ins constante les daría un trono por algunas gotas de sangre?

VII.

Todo ha quedado inexplicable en este príncipe. Su misma memoria es un problema que hace temer al historiador carecer de justicia ó de reprobación al juzgarla. La época misma en que escribimos no es la mas á propósito para este juicio. Su hijo reina en Francia. La indulgencia hacia la memoria del padre podría parecer á unos adulación al sucesor, la severidad á un resentimiento de una teoría. Así el temor de aparecer servil ó el temor de aparecer hostil, espone igualmente al escritor que piense únicamente en aquel día á ser injusto. Pero la justicia que se debe á la muerte, y la verdad que se debe á la historia, van mas adelante que estos miramientos que el escritor puede tener sobre su propio tiempo. Debe desafiar para ser equitativo, la sospecha de enemistad como la sospecha de adulación. La memoria de los muer-

tos no es una moneda de tráfico en las manos de los vivos.

Como republicano aquel príncipe, según nuestro parecer, ha sido calumniado. Todos los partidos, por decirlo así, se han puesto de acuerdo para hacer de su nombre un objeto de injuria y de execración común: los realistas, porque él fué uno de los mas grandes motores de la revolución; los republicanos, porque su muerte fué una de las mas odiosas ingratitudes de la república; el pueblo porque era príncipe; la aristocracia porque se había hecho pueblo; los facciosos porque rehusó prestar su nombre á sus conspiraciones alternativas contra la patria, y todos porque quiso imitar aquella gloria sospechosa que se llama el heroísmo de Bruto. A los ojos de los hombres imparciales si votó la muerte del rey por convicción y por republicanismo, esta convicción repugnaba al sentimiento, y parecia un atentado contra la naturaleza. Pero el rencor tenía demasiadas verdades crueles que verter sobre su nombre para escusarle las calumnias y las murmuraciones. A medida que la revolución se despoja de sus oscuridades, y que cada partido lega al morir sus confidencias á la historia, la memoria del duque de Orleans se despoja de las tramas, de las complicidades, de los crímenes y de la importancia que se le ha dado. La revolución no debió á este hombre, ni tanto reconocimiento, ni tanto rencor; fué solo un instrumento sucesivamente empleado y roto por ella. El no fué ni su autor, ni su dueño, ni el Judas, ni el Cromwell.

La revolución no fué una conjuración, fué una filosofía; no se vendió á un hombre, si no se sacrificó á una idea. Verla entera con el duque de Orleans, es engrandecer demasiado á un hombre y rebajar demasiado los acontecimientos. A escepción de las primeras agitaciones populares de París no se apercibe claramente, ni su nombre, ni su mano, ni su oro, en ninguna de las jornadas decisivas. Tal vez sonó por un momento, una co-

rona votada por aclamación por el favor público. Gozó quizá con una satisfacción culpable del abatimiento y los terrores de una reina y de una corte que lo habían humillado. No tardó mucho en comprender que la revolución no coronaba á nadie, y que arrastraría con el trono á todos sus pretendientes y á todos los que sobreviviesen á él. Él se arrepintió entonces, y los infortunios de Luis XVI le enternecieron y quiso de buena fé reconciliarse con el rey y sostener la Constitución. Los insultos de los cortesanos y las antipatías de la corte le rechazaron y tomó las opiniones extremas como un asilo á que se arrojó por desesperación, no encontrando mas que los recelos y las injurias de los gefes populares que no le perdonaban su nombre. Danton lo abandonó, Robespierre afectó temerle, Marat lo denunció, y Camilo Desmoulins lo señaló á los terroristas. Los girondinos lo acusaron, y los montañeses le llevaron al cadalso.

VIII.

Recorrió todas las fases de su fortuna con el estoicismo de un príncipe que no pide á su patria mas que el título de ciudadano, y á la república el honor de morir por ella. Murió sin dirigir una queja á esta causa, y como si la ingratitud de la república fuese la corona cívica de sus fundadores. Se había desde entonces desprendido de su rango, y entregado enteramente al pueblo, ó como servidor ó como víctima. Desgraciadamente para su memoria, se dió como juez en una causa en que la naturaleza le recusaba. Hiriéndole el pueblo lo castigó menos severamente que la posteridad.

Si alguno siguió como un ciego, pero invariablemente y con constancia la marcha de la revolución, hasta su término y sin preguntar á donde conducía, fué el duque

de Orleans. Fué el Edipo de la familia de los Borbones. Hombre débil, pariente culpable, irreprochable patriota, y suicida de su fama, realizó en él el dicho de Danton: «¡Perezca nuestra memoria y que la república se salve!» Cobarde si hizo aquel sacrificio á su popularidad, cruel si lo hizo á su opinion, odioso si lo hizo á su ambicion, él se ha llevado el secreto de su conducta política ante Dios. En la duda de sus motivos la historia puede dudar.

Hay en los movimientos de una revolucion una grandeza que se comunica á los caracteres, y que agranda alguna vez á las almas mas vulgares en proporcion de los acontecimientos de que participan. Los hombres ligeros y corrompidos al principio de la accion, se vuelven poco á poco sérios adictos, y trágicos como el pensamiento que los envuelve y los eleva en su torbellino. El duque de Orleans, fué tal vez uno de estos hombres. Su vida desordenada al principio, manchada al medio y trágica al fin, empezó como un escándalo, prosiguió como una trama, y acabó como un acto de resignacion. Lo mismo que Bruto, su modelo y su error, quedará eternamente problemático á los ojos de la posteridad. Pero esta sacará esta gran leccion: y es, que cuando la opinion y la naturaleza luchan en el corazon de un ciudadano, es la naturaleza la que es necesario escuchar, porque la opinion se engaña con frecuencia y la naturaleza es infalible. Por otra parte, las faltas que se cometen contra la opinion, las perdona, el corazon humano, y algunas veces las admira: pero las faltas que se cometen contra la naturaleza, Dios las reprueba y los hombres no las perdonan jamás.



LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

La república en el interior y en el exterior.—Carnot.—Situacion de los coaligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiada por el ejército inglés.—Houchard, general en jefe del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel, representantes del pueblo.—Batalla de Hondshoote.—Libertad de Dunkerque.—Houchard sentenciado y ejecutado.—Le reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levantamiento del bloqueo de Maubenge.—El general Chancel muere en el cadalso.—Pichegru manda el ejército del Rin y Hoche el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyon y Tolon.—Descripcion de Lyon.—Su poblacion.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educacion.—Su juventud.—Asesinato de los prisioneros.—Turbulencias de Lyon.—Las secciones toman las armas.—Madinier.—Las secciones victoriosas.—Sentencia y ejecucion de Chalier.—Lyon pasa de la aristocracia á la rebelion.—Chasset y Biroteau se refugian en Lyon.—Comision popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—Mr. de Precy nombrado comandante general por los lioneses.—Mrs. de Chanelette y de Virieu.—La Convencion encarga á Kellermann el bloqueo de Lyon.—Sifio y bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de los lioneses.—Doppet reemplaza á Kellermann.—Lyon reducido al último apuro.—Retirada de los sitiadores.—Derrota de la columna mandada por Mr. de Virieu.—Desaparicion de este.—Se divide la columna de Mr. de Precy.—Es diezmada y destruida.—Mr. de Precy fugitivo consigue refugiarse en Suiza.

I.

La república ganaba en los campos de batalla el terreno que perdía en los cadalsos con semejantes acontecimientos. A medida que era mas terrible en el interior, era mas formidable en el exterior. Sus fronteras